

XVIII PREMIO DE NOVELA CIUDAD DE BADAJOZ

*Una* tirada  
dados *de*

**LUIS DEL ROMERO SÁNCHEZ-CUTILLAS**

algaida



Un jurado compuesto por Carmen Amoraga, Luis Alberto de Cuenca, Fernando Marías, Manuel Pecellín Lancharro, Marta Rivera de la Cruz y Miguel Ángel Matellanes concedió a la novela *Una tirada de dados*, de Luis del Romero Sánchez-Cutillas, el XVIII Premio de Novela Ciudad de Badajoz, que fue convocado por el Excelentísimo Ayuntamiento de Badajoz.



Ayuntamiento de Badajoz

Primera edición: 2015

© Luis del Romero Sánchez-Cutillas, 2015

© Algaida Editores, 2015

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: [algaida@algaida.es](mailto:algaida@algaida.es)

ISBN: 978-84-9067-174-0

Depósito legal: SE. 5-2015

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

## ÍNDICE

LUBRICÁN .....	13
DESCUIDO .....	57
<i>El retrato de maese Steen</i> .....	63
SILENCIO .....	81
<i>Escrito en el aire</i> .....	87
SUEÑO .....	105
<i>La Desconocida del Sena</i> .....	112
SOMBRA .....	129
<i>El comprador de días</i> .....	136
TINIEBLAS .....	157
<i>Oficio de tinieblas</i> .....	164
SOSIEGO .....	185
<i>La mirada limpia</i> .....	191
MIEDO .....	207
<i>Bon voyage</i> .....	215
FIEL .....	233
<i>Terciana sincopal minuta sutil</i> .....	238
HORROR .....	253
<i>O cuerdo o fuera de mis sentidos</i> .....	258

TEMERIDAD .....	273
<i>El azar</i> .....	277
UNA TIRADA DE DADOS .....	297
EPÍLOGO: LA HORA DEL LUBRICÁN .....	319

*...¡Oh, venturosa hora!  
Nocturnos hechos, cuya suerte y nombre  
hacen los hombres dioses, y a Dios hombre.*

FRANCISCO TÁRREGA  
*Cancionero de la Academia de los Nocturnos*

*Escribo para que la muerte no tenga la última palabra.*

ODYSSEAS ELYTIS

*...Tout pensée émet un Coup de Dés.*

STEPHANE MALLARMÉ



*Für Elise, immer*





LUBRICÁN



CUANDO ESCUCHÉ POR PRIMERA VEZ LA PALABRA LUBRICÁN eché mano del diccionario y me enteré de que ese nombre proviene del latín, de *lupus*, «lobo», y *canis*, «perro». Sin embargo yerra la Academia —la de la Lengua, no esta otra de la que me convertí en miembro por una sola noche—, cuando da a lubricán el significado de «crepúsculo», con el matiz de «lóbrego». Un error comprensible pues los lingüistas viven reclusos en sus bibliotecas y, a diferencia de los cazadores, nunca salen al amanecer en busca de significados. Quizás por ese motivo los cazadores son mucho más precisos a la hora de nombrar las cosas. Por ejemplo cuando afirman que el lubricán no es el crepúsculo sino esa hora indeterminada en la que el perro se confunde con el lobo y en la que algo oscuro, desconocido, acecha en cada recodo del monte. Pero lubricán, como tuve ocasión de averiguar la noche en la que participé en una sesión de la Academia de los Nocturnos, no es sólo la hora indeterminada en la que se confunden los perfiles de las cosas, sino también el nombre de

un ser tan ambiguo y escurridizo como las imprecisas acepciones de la propia palabra y tan poderoso como para dar un vuelco completo a tu vida.

Conocí a Lubricán —así, con mayúscula— cuando participé casi por azar en un congreso de la Menéndez Pelayo sobre «Tékne y Thánatos: la imagen de la muerte en el arte y la literatura» que tuvo lugar a principios de noviembre, coincidiendo con la celebración del Día de los Difuntos. Un título tan pomposo, y en una fecha tan señalada, sólo podía habersele ocurrido a alguien como Jaime Ribes, el niño prodigio de nuestra generación. Ribes ya destacaba en el colegio, no sólo por sus calificaciones, sino por su precocidad en todos los campos. Además de ganar todos los certámenes literarios, jugaba bien al fútbol y arrasaba entre las alumnas de las Esclavas gracias a su uno ochenta de estatura, sus pestañas kilométricas y su sonrisa de dientes blanquísimos. Un éxito que le persiguió durante la carrera —él hizo dos licenciaturas al mismo tiempo— y después, cuando consiguió una plaza de profesor titular de Literatura Medieval mientras yo me conformaba con sacar una oposición de instituto. Esa desigual rivalidad se extendió también al campo de la creación, con idénticos resultados. Mientras yo me contentaba con ganar algún concurso municipal y publicar un libro de cuentos, él triunfaba ya con su primer libro, gracias a que supo anticiparse en un lustro a la moda actual de la novela histórica.

Pero si he hablado de Ribes no ha sido para flagelarme una vez más a costa de mis celos y mis desencuentros con un personaje tan pagado de sí mismo, sino porque fue

él quien, al haberle fallado a última hora un par de conferenciantes, nos propuso a Andrés y a mí participar en una mesa redonda sobre «Muerte y literatura», un tema lo suficientemente vago como para que pudiéramos improvisar algunos lugares comunes. El pretexto lo proporcionaba el hecho de que Andrés había escrito una obrita de teatro protagonizada por un moderno Mefistófeles y yo, un libro de cuentos en el que homenajeara a Poe y a Hoffmann actualizando sus historias de amor más allá de la muerte.

Aunque el congreso duraba casi una semana, mis clases en el instituto sólo me permitieron asistir a la conferencia inaugural y a la mesa redonda. Con un poco de suerte esperaba poder obtener permiso en el último momento para participar en la excursión en autobús a una necrópolis musulmana del siglo XII hallada recientemente en el término de Cabanes gracias a las obras de ampliación del complejo Marina d'Or, y con la que Ribes pensaba agasajar a los ponentes que habían intervenido en las jornadas. El coloquio, que pasó sin pena ni gloria teniendo en cuenta la calidad de los tertulianos, resultó decepcionante. En la mesa, junto a Andrés y Ribes, que hacía de moderador, se sentaban un joven poeta finalista del Premio Adonais con un precoz librito de un arrebatado tono elegíaco y un profesor de historia del arte, un tipo engolado y pretencioso que lo sabía todo y que acaparó la mayor parte del tiempo destinado a las intervenciones. Y fue precisamente al final del coloquio, en un aparte, cuando Ribes, supongo que tras fracasar con los pesos pesados del congreso, nos hizo a Andrés y a mí una propuesta tan descabellada como fascinante, a cuyo reclamo ningún escritor

habría podido sustraerse, aunque en un primer momento, cuando nos invitó a acudir esa misma noche a una cena organizada en un antiguo palacio de Valencia por alguien que llevaba un nombre tan exótico como el de Lubricán, lo miramos con una lógica desconfianza.

—¿Y quién coño es ese Lubricán?

—No lo sé muy bien. Al parecer es un tipo forrado de pasta, y bastante culto. Yo sólo lo conozco del congreso. Ha asistido a algunas sesiones y se ha mostrado entusiasmado con las ponencias. Tanto que me ha encargado invitar en su nombre a algunos de los ponentes a cenar esta misma noche en un viejo caserón del centro donde se propone rendir homenaje a don Bernardo Catalá de Valeriola, el fundador de la Academia de los Nocturnos, aquella famosa tertulia literaria de finales del XVI...

Al escuchar ese nombre me vi transportado de golpe a los remotos años de la facultad, cuando un profesor del departamento de Filología que estaba haciendo su tesis sobre la Academia de los Nocturnos nos habló con entusiasmo de esa institución y hasta nos invitó a admirar la fachada del palacio donde se reunían en la plaza de Nules, uno de los rincones más bellos y desconocidos de Valencia, a pesar de estar situado muy cerca del centro de la ciudad.

—No me digas que el Lubricán ese es descendiente del marqués de Valeriola...

—No creo. La familia se extinguió a mediados del siglo pasado y el palacio estuvo abandonado mucho tiempo, hasta que hace poco lo restauraron y lo convirtieron en sede de una *consellería*. Ahora ya nadie habita el palacio,

aunque la casa de Lubricán está muy cerca, en la plaza de Cisneros.

—No será el palacio Cerveró... —dije, con incredulidad, al venirme a la memoria la impresionante fachada de otro de los palacios más bellos de Valencia.

—No, nuestro anfitrión es poderoso, pero no tanto. El tal Lubricán vive en un caserón algo destartado de la misma plaza, un edificio casi en ruinas. Me dijo que lo utiliza sólo en ocasiones, cuando viene a Valencia, porque al parecer se pasa la vida viajando, a pesar de su edad.

—¿Y tú de qué lo conoces? —dijo Andrés, siempre un poco más desconfiado que yo.

—Ya te lo he dicho, del congreso. Antes no lo había visto en mi vida. Se me acercó ayer al final del coloquio, para felicitarme y para pedirme que invitara a diez personas a cenar hoy mismo, dos de noviembre.

—¿Por qué diez? —dije, sumándome al recelo de mi amigo Andrés—. ¿Y por qué precisamente nosotros?

—No os ha invitado a vosotros en particular, no seas tan desconfiado. Simplemente me ha pedido que trasladara la invitación a diez de los ponentes, a ser posible de cada una de las especialidades, escritores, músicos, poetas, pintores, e incluso un fotógrafo. Supongo que lo de diez obedecerá al tamaño de la mesa, o a alguna superstición, para que no se junten trece personas, vete tú a saber... Bueno, ¿vais a venir o busco a otros?

Si decidí aceptar finalmente la invitación fue por curiosidad. De las entusiastas explicaciones de nuestro profesor acerca de la Academia de los Nocturnos, solamente recordaba que sus miembros llevaban unos ingeniosos

motes relacionados con la noche, algo así como Sombra, Tinieblas, Silencio y palabras por el estilo y que se reunían en el palacio del marqués una noche a la semana para recitar poemas y disputar con ingenio sobre algún tema previamente elegido por el presidente. Del contenido de aquellas reuniones poco podría decir. Imagino que la mayoría de los trabajos adolecerían de la retórica propia de una academia provinciana, a pesar de que entre sus miembros había escritores famosos, como Gaspar Aguilar o Guillén de Castro, y creo que también Escolano, el autor de una famosísima historia de la ciudad. En cualquier caso, no dejaba de ser curioso, y hasta conmovedor, ese intento de homenajear a una institución desaparecida hace cuatro siglos.

—La Academia de los Nocturnos... —repetí y, para evitar que se me notara el interés, añadí en tono de sorna—. Lo malo es que las calzas y el jubón los tengo en la tintorería, y Andrés y yo hemos tenido que empeñar el espadín, al menos hasta que cobremos por nuestra participación en la mesa redonda, de modo que no podemos ir ataviados como corresponde a tan digna institución...

—No te pases, Ramón. No hay que vestirse ni siquiera de etiqueta. Pero, quién sabe, a lo mejor le caéis en gracia y os nombra miembros permanentes de la Academia...

—Bueno —dije, buscando el apoyo de Andrés—. Yo no tengo nada mejor que hacer esta noche. Y si además invitan a cenar... ¿A qué hora hay que estar allí?

—¿A qué hora? —repuso Ribes, exhibiendo esa sonrisa encantadora de sus dientes blanquísimos que hacía las delicias de las alumnas de las Esclavas en la remota época



del colegio—. A la hora del lubricán, como no podía ser de otra manera...

Un poco antes de esa hora indeterminada, que yo interpreté como la del crepúsculo —después de buscar, como ya he dicho al principio, el significado de la palabra en el diccionario—, cogí el metro y bajé en la parada de Colón, la más cercana al centro histórico, y desde allí fui caminando hasta la plaza de Nules, situada a apenas cien metros de los jardines del palacio de la Generalitat. La plaza, bastante estrecha y de forma casi rectangular, está flanqueada por dos palacios magníficos, el de la Maestranza y el de los Catalá de Valeriola y por un tercero, un caserón con una bella decoración modernista. Pude comprobar de nuevo que, tal como había evocado durante la conversación con Andrés, la plaza sigue siendo uno de los lugares más bellos y elegantes de la ciudad, y bastante desconocido por los turistas que no se ven obligados a cruzarla para acudir desde las Torres de Serranos hasta la catedral. Quizás por ese motivo se conserva bastante limpia, y muy tranquila, sin tiendas, ni escaparates, ni tráfico rodado, ni el bullicio de la contigua calle de Navellos, donde se encuentra la sede de las Cortes. Entrar en la plaza de Nules, que antes de la ampliación del palacio era una prolongación de la calle *dels Catalans*, es como atravesar el umbral del tiempo y pasear por la Valencia del pasado. Antes de reparar en el palacio Catalá llama la atención, por el color amarillo de la fachada, otro edificio también muy elegante, que primero fue residencia de la marquesa de Bélgida y luego se convirtió en sede de la Real

Maestranza de Caballería, como muestra el escudo que campea sobre la puerta en el que aparecen dos caballeros enfrentados en una justa rodeados por una hermosa inscripción latina que reza: «*Equestris labor nobilitati decus*», es decir, si no me traiciona el poco latín que aún recuerdo, algo así como: «El esfuerzo de la caballería es el adorno de la nobleza», una máxima que lamentablemente están muy lejos de cumplir aquellos que por su fortuna ocupan hoy un lugar comparable al de la nobleza de otros tiempos. Cerrando la plaza por el norte, otro caserón de finales del XIX conserva unas preciosas rejerías modernistas en los miradores de hierro colado que armonizan a la perfección con el tono pastel con el que se ha pintado recientemente la fachada. Pero el palacio más antiguo de todos es el que fue propiedad de don Bernardo Catalá de Valeriola, y que sufrió una serie de ampliaciones y remodelaciones a lo largo de los siglos. Es un edificio de traza clasicista, con fachada a cuatro calles y que aún conserva algunos restos de la pintura original del XVIII. Lo han restaurado hace muy poco y como era de esperar se ha convertido en la sede de un organismo de la Administración. Me da pena imaginar que esos salones, en los que al parecer se conservan hermosos restos de la azulejería original y valiosos fragmentos de los alfarjes de las vigas, están ocupados ahora por despachos, y que donde hoy ya sólo se escucha el repiqueteo del teclado de los ordenadores, o los pasos del guardia de seguridad que hace su ronda por las noches, resonaron a finales del siglo XVI las voces de los miembros de la Academia de los Nocturnos. Quién sabe. Si los encargados de la seguri-

dad visionaran con cuidado las imágenes de las grabaciones captadas por las cámaras de vigilancia, a lo mejor podrían descubrir, a la hora del lubricán, el paso fugaz de una sombra extraña, quizás el alma de los académicos que recorren una vez más el patio y los salones dejando una huella leve sobre los bellísimos azulejos que adornaban las estancias.

Pero no era cuestión de entretenerse, no fuera a llegar tarde a la reunión, y desde la plaza de Nules entré en la contigua plaza de Cisneros presidida al fondo por el magnífico palacio Cerveró, cuya fachada exhibe el escudo nobiliario más grande de toda Valencia. Al principio pensé que me había equivocado pues la dirección que me había dado Ribes correspondía, no a un viejo caserón destartado, sino a un edificio completamente en ruinas, cuya fachada estaba incluso cubierta por una red para proteger a los peatones del desprendimiento de los cascotes de las cornisas y que exhibía en varios de sus pisos el cartel de «Se vende». Convencido de que Ribes nos acababa de tomar el pelo me disponía a marcharme cuando lo vi delante de una puerta de madera basta, cubierta de pintadas, acompañado de otras dos personas. Al verme, hizo un gesto para que me acercara y enseguida reconocí a Andrés, que hasta el último momento había estado dudando en asistir a la cena, y al profesor de arte que había monopolizado las intervenciones en la mesa redonda del congreso sin dejarnos intervenir apenas a los demás.

—A Andrés ya lo conoces de sobra, y seguro que recuerdas a don Juan Manuel Benito, egregio profesor titular de Historia del Arte en el Ceu San Pablo, además

de crítico, coleccionista y *connaisseur* de todas las disciplinas...

Ribes señaló a un tipo de unos cuarenta y cinco años, alto, con el pelo cano en las sienes, vestido con una elegante chaqueta azul marino en cuyo bolsillo superior aparecían las puntas de un pañuelo de color rojo, y enseguida reconocí al profesor que nos había ninguneado durante la mesa redonda y que me miró enarcando una ceja, como si me viera por primera vez en la vida a pesar de que la tarde anterior se había sentado a pocos centímetros de mí. Al ver a ese individuo, tan atildado y tan pagado de sí mismo, pensé que Ribes nos había metido en una ratonera, obligándonos a hacer de comparsas en una reunión de eminencias. Y hablando de ratonera, la puerta delante de la cual estábamos haciendo las presentaciones parecía una ratonera, aunque bien mirado más bien semejaba la entrada de un garaje antiguo. Encima de la puerta, muy deteriorada y cubierta de grafitis, en lugar de un segundo piso sólo había una extraña galería de hierro que separaba el caserón ruinoso de un feo edificio moderno de ladrillo, el único que desentonaba al lado del palacio Cerveró y de otro caserón noble ocupado por la sede de Cáritas.

—Esto era un antiguo *atzucat* —dijo la eminencia al verme mirar con recelo ese portón que no parecía conducir a ninguna parte—. Los *atzucats*, como usted debe de saber, eran callejones sin salida que solían usarse como acceso de los carruajes a los palacios. Éste en concreto conducía hasta el palacio de la marquesa de Bélgida, ahora de la Maestranza, cuya fachada recae frente al palacio Catalá de Valeriola...

Me revientan los tipos que aprovechan cualquier oportunidad para exhibir su erudición sin que nadie se lo haya pedido. Pero lo que no podía soportar era la ceja enarcada de este estúpido petulante que se hizo a un lado invitándome a atravesar el portón mientras disfrutaba ofreciéndome detalles sobre la Real Orden de la Maestranza y las justas que se celebraban en las grandes solemnidades de la ciudad. Si apenas recuerdo los detalles de esa charla erudita es porque acababa de producirse un prodigio. ¿Por dónde habíamos entrado? Recuerdo vagamente que, después de atravesar el zaguán alguien abrió una puerta diminuta situada a la izquierda y de repente me vi en medio de una sala amplia, iluminada por una infinidad de bujías cuya luz se veía multiplicada por algunos espejos colgados en las paredes, alternando con unos cuadros antiguos que enseguida captaron la atención del profesor, librándome así de su compañía. ¿Cómo era posible que ese edificio desvencijado albergara en la planta baja o, mejor dicho, en el entresuelo, una estancia como aquélla, presidida por una mesa de madera que debía de medir unos diez metros y en torno a la cual conversaban de pie el resto de los invitados, una media docena de personas, la mayoría de ellos de entre veinticinco y cuarenta años salvo un tipo bastante mayor, de aspecto algo desaliñado? Aunque todos ellos me sonaban de la jornada inaugural del congreso, sólo había intercambiado algunas frases con el joven poeta que había compartido la mesa redonda con nosotros, tan tímido y tan callado como de costumbre, pues en el coloquio apenas había logrado meter la cuchara, apabullado por la verborrea del profesor de arte. Él

también parecía aliviado al verme, como les sucede a los seres tímidos que se sienten perdidos en medio de una reunión. Enseguida busqué a Andrés, pero éste estaba conversando animadamente con un tipo bastante feo, con gafas, que parecía escuchar muy atento su charla y yo, que no tengo demasiada habilidad para relacionarme en público, me refugié en la contemplación del mobiliario, la decoración, los muebles, la altura de los techos, entre los que asomaban fragmentos de las vigas decoradas con la característica pintura de los palacios medievales, y la vajilla y los manjares dispuestos sobre la mesa. Por fin, siguiendo el ejemplo del profesor de arte, me acerqué a una de las paredes para contemplar de cerca los cuadros que cubrían casi por completo los muros, hasta rozar el altísimo techo de la estancia. A pesar de que la luz de las velas no permitía reconocer todos los detalles, y a pesar del oscurecimiento del barniz, se veía que eran cuadros de buena factura, quizás de alguna escuela tenebrista del XVII, del taller de Espinosa, un pintor valenciano sobre el que tuve que hacer un trabajo en la época de la facultad. Y no sólo era oscura la apariencia, sino también los temas de los cuatro o cinco cuadros que logré distinguir, pues todos tenían algo en común, todos trataban, de una forma u otra, el tema de la muerte, desde la barca de Caronte hasta las habituales postrimerías de los pintores españoles del Barroco. Incluso me pareció distinguir un cuadro que parecía una copia de Valdés Leal, un *memento mori* con la clásica balanza sostenida por un esqueleto en la que el peso del corazón apenas podía contrarrestar el amasijo de monedas, coronas y joyas del otro platillo. El efecto no

dejaba de resultar morboso, incluso truculento, pero aquella decoración un poco lúgubre concordaba a la perfección con la penumbra de la estancia, la pesadez de los sillones y la madera oscura de la mesa, sobre la que no había ningún mantel. Al menos el dueño del caserón demostraba tener buen gusto, me dije, y amplios conocimientos de pintura, o mucho dinero para suplirlos. De buena gana me habría entretenido contemplando los cuadros, y pidiéndole tal vez su opinión al profesor, si el sonido de una cucharilla al golpear el cristal de una copa no hubiera bastado para interrumpir las conversaciones:

—Caballeros, si tienen la bondad de prestarme su atención...

Desde luego, el nombre de Lubricán le venía al pelo. No sólo por el color negro del sencillo traje de chaqueta sin corbata con el que iba vestido, o por el hecho de que hubiera aparecido de repente, sin que nadie pudiera decir a ciencia cierta por dónde había entrado en la sala. Su tez tenía ese tono ceniciento de las cosas entrevistas a la escasa luz del atardecer, la hora en la que apunta el crepúsculo, cuando más difícil resulta distinguir los detalles, los perfiles de los objetos, los rostros de las personas. Y justamente su rostro tenía algo inquietante, sombrío. No la expresión, animada por unos ojos negros, muy brillantes, muy expresivos, sino la tez, lampiña, surcada por unas arrugas profundas e irregulares a ambos lados de la boca. Sin embargo no parecían las arrugas de la vejez. Es difícil explicarse, pero hay personas que envejecen de golpe y después van cumpliendo años sin que el tiempo deje huellas en su rostro. Pues bien, el rostro de Lubricán parecía

el de un viejo joven, es decir, alguien que ha envejecido después de una vida intensa, pero que de repente llega a una edad en la que parece haberse detenido el paso del tiempo. Aunque también podía ser un efecto de la luz amarillenta procedente de los candelabros, o del reflejo en la luna de los espejos, o del brillo fugaz de la armadura de uno de esos caballeros que nos contemplaban con indolencia desde el refugio del lienzo.

—Ante todo quiero agradecerles la deferencia que han tenido conmigo al aceptar mi humilde invitación, cursada gracias a la mediación del secretario del magnífico congreso al que he tenido la oportunidad de asistir estos días, y a quien una vez más le reitero mi más sincera felicitación —dijo, buscando con la mirada a un Ribes a quien esas palabras tan rimbombantes le sonaron como música celestial—. No se me ha ocurrido otra forma de mostrarles mi gratitud por los deliciosos ratos que me han hecho pasar en el congreso que invitarles a esta humilde morada donde tendrán ocasión de degustar unos manjares que sin duda despertarán su apetito. Además, les prometo que van a pasar ustedes una velada inolvidable. Pero por favor, tengan la bondad de sentarse, sin ceremonias...

A pesar de sus palabras nadie se movió de su sitio hasta que Lubricán tomó asiento en la cabecera de la mesa, una mesa de roble macizo, oscura, sin mantel, en cuyo centro aparecían varias fuentes repletas de carnes y verduras mientras delante de cada silla había un plato de porcelana antigua que contenía una especie de sopa, o de puré, y unas bellas copas de cristal trabajado. Como si hubiera estado esperando esa señal, y para darnos sin duda



una lección de mundanería, el profesor de arte que había entrado con nosotros y que se había alejado un poco para examinar de cerca los cuadros de las paredes apartó con naturalidad la silla que tenía delante y se sentó justo al otro extremo de la mesa, enfrente del anfitrión. Al ver ese gesto los demás hicimos otro tanto, y el poeta y yo fuimos los últimos en sentarnos, después de vernos relegados a uno de los extremos de la mesa, justo al lado del profesor.

—Me van a permitir que les dé la bienvenida y me sienta sólo un momento con ustedes para hacer las debidas presentaciones y les deje luego con la cena. Imagino que tendrán un apetito enorme, después de esta larga espera. Créanme si les digo que les envidio. Yo soy, para mi desgracia, una persona de costumbres muy frugales y suelo cenar solo en mis habitaciones, no por misantropía, sino para que la frugalidad impuesta por los achaques de la edad no coarte a tan selectos invitados a la hora de disfrutar de unos manjares como nunca antes los habrán comido, estoy seguro. Pero antes de retirarme les ruego que me permitan explicarles brevemente el verdadero objeto de esta reunión a la que han tenido la bondad de asistir.

¿Quién era ese tipo tan redicho, que hablaba con esos períodos interminables, rozando casi el ridículo? ¿Y a qué se refería con eso del verdadero propósito de la reunión? Busqué con los ojos a Andrés, pero éste se hallaba sentado en el otro extremo de la mesa, justo al lado del anfitrión, y me giré con la intención de interrogar al joven poeta sentado a mi derecha el cual, a juzgar por la expresión de su rostro, parecía sumido en la misma perplejidad que yo, una perplejidad que llegó al límite cuando escu-

chamos la frase lapidaria con la que el señor Lubricán remató el inicio de su discurso.

—Bienvenidos a la Academia de los Nocturnos.

Lo primero que me llamó la atención fue el tono de voz con el que acababa de pronunciar esa frase. Una voz grave, profunda, pausada, rítmica, que recordaba quizás las voces de los monjes cuando entonan las letanías del canto gregoriano, y a la que no le hacía falta elevar el tono para que el silencio se volviera expectante y todos los ojos quedaran prendados de la fina lámina de sus labios carentes de color. Por los murmullos que siguieron a estas palabras pude deducir que más o menos la mitad de los invitados —diez, como tuve oportunidad de contar—, no parecían sorprendidos. El resto, los más jóvenes, en cambio, nos miramos unos a otros con una mezcla de azoramiento e incredulidad, como si sospecháramos que aquello se trataba de una broma de mal gusto.

—Todos ustedes, personas cultas y leídas, por descontado habrán oído hablar de la Academia de los Nocturnos, esa sublime institución que se reunía en un palacio casi frontero de este caserón a finales del siglo XVI. Pero lo que probablemente no sabrán es que don Bernardo Catalá de Valeriola, el presidente de esta egregia tertulia de «letraheridos», murió hace justo cuatrocientos años, tal día como hoy, el dos de noviembre de mil seiscientos ocho, festividad de Todos los Fieles Difuntos, es decir, de todos aquellos que han dejado la tierra y aún no han llegado al cielo y que no hay que confundir con la dedicada a Todos los Santos, que se celebra el día uno. Por eso, cuando la gente acude al cementerio a honrar la memoria

de sus parientes lo hace víctima de un error, ya que el día uno se celebra la fiesta de los santos anónimos, es decir, de aquellos que están en el cielo pero cuyo nombre se desconoce, y no la de sus deudos, los simples mortales. Y también ignoran que, según algunas viejas crónicas, sólo esa noche, la del dos de noviembre, la muerte se vuelve humana y puede hablar de tú a tú a los hombres sin que éstos se espanten. Pero no para aparecerse en los cementerios y darles un susto, como en todas esas ridículas películas de terror, tan en boga. No, la muerte no habita en los cementerios. Allí sólo hay muertos, despojos y cenizas. A la muerte habría que buscarla en los palacios, en los caserones antiguos, en los conventos, en aquellos edificios que se han mantenido en pie a lo largo de los siglos y que han visto morir a generaciones y generaciones de sus inquilinos... Pero perdónenme por mi verborrea. Todo esto no son sino leyendas, cuentos de viejas a los que unos eruditos como ustedes no prestarán atención. En cambio, supongo que sí compartirán conmigo nuestra mutua admiración por don Bernardo Catalá de Valeriola, a quien me propongo dedicar un recuerdo emocionado esta noche en la que se cumple el cuarto centenario de su muerte...

Más que sonreír, el rostro de Lubricán se contrajo, dejando ver una dentadura perfecta, de dientes pequeños, quizás fruto de más de un implante. Al parecer, le regocijaba comprobar que ninguno de nosotros tenía la menor idea de que justamente esa noche se celebrara el aniversario de la muerte de don Bernardo Catalá de Valeriola, fundador de la Academia de los Nocturnos, y de que ése era

el motivo por el cual habíamos sido invitados, tal como nos explicó a continuación.

—Veo que el dato les ha sorprendido, y no me extraña, porque hoy en día se olvidan con excesiva facilidad los méritos. Y no sólo en esta época tan materialista que nos ha tocado padecer, sino ya en pleno Barroco, cuando la ingenue obra de la Academia de los Nocturnos quedó eclipsada al poco tiempo de abandonar la ciudad su fundador, don Bernardo Catalá de Valeriola, uno de los espíritus más ilustres que se han paseado por estas mismas calles...

Durante un tiempo que no sabría medir con exactitud, Lubricán se dedicó a darnos una pequeña lección de historia. Confieso que no soy capaz de reproducir sus palabras, pues aunque una parte de los datos que nos ofreció acerca de los miembros de la Academia de los Nocturnos no me resultaban desconocidos, lo más interesante fue la forma de evocar esas reuniones, como si él mismo hubiera tenido la oportunidad de asistir a alguna de ellas. Ese lenguaje un poco arcaico, que al principio me había chocado un tanto, era justamente el apropiado para hacer revivir unas reuniones que se dilataron durante tres años, a lo largo de más de ochenta sesiones, y que tenían como objetivo «el ejercicio de la virtud, el cultivo del ingenio y el entretenimiento para desterrar el ocio», como dijo Lubricán, citando de memoria los estatutos de la Academia. En todas las reuniones se seguía siempre un protocolo parecido. Cada semana se nombraba lector a uno de los miembros, el cual tenía el encargo de leer una composición, en prosa o en verso, sobre el tema que se hubiera propuesto, normalmente poemas religiosos de carácter devoto, pero

también poemas amorosos y burlescos. Las excelencias de la noche, los tratados de armas y heráldica y las alabanzas de santos valencianos como san Vicente Ferrer o san Luis Beltrán convivían con otros poemas profanos, como los dedicados a una hornera hermosa y hasta composiciones jocosas e incluso eróticas, como las redondillas en loor de los alcahuetes o los cuartetos a las mujeres que van al baño.

Uno de los aspectos más originales de la Academia de los Nocturnos, tal como había recordado yo cuando Ribes mencionó por primera vez las reuniones de la Academia, era el hecho de que sus miembros no se conocían por sus nombres, sino por un mote que aludía a algún atributo de la noche. Pero Lubricán —palabra que de esa manera se convertía también en un apodo en homenaje a alguno de los académicos, y no en el apellido del anfitrión—, tenía una memoria prodigiosa pues, sin necesidad de consultar ningún papel, nos recitó de memoria un soneto que contenía el nombre alegórico de los primeros académicos, y que decía así:

En medio del Silencio Temeroso,  
quitando el Miedo y el Horror del suelo,  
por las Tinieblas nace el sol del cielo,  
Fiel reparo del mundo tenebroso.

Y sacudiendo el Sueño peligroso,  
Sombra de aquel eterno desconsuelo,  
del Descuido común troca el recelo  
en un Sosiego dulce y no costoso.

Tan grande estudio puso el Dios más alto  
en reparar del hombre la tristeza,  
que su Temeridad, cual hombre, llora.

Y de recogimiento y ropa falto,  
a un tiempo la mortal naturaleza  
lo aflige, lo obedece y lo enamora.

¡Oh, venturosa hora!  
Nocturnos hechos, cuya suerte y nombre  
hacen los hombres dioses, y a Dios hombre.

Un aplauso espontáneo celebró no sólo la memoria de Lubricán —cuyo nombre, aunque no había aparecido en el soneto, todos interpretamos como uno de los motes que debió de llevar alguno de los miembros de la Academia, quizás el propio presidente, don Bernardo Catalá—, sino también la elegancia con la que había recitado unos versos que, al resonar entre las paredes de ese viejo caserón, parecían retrotraernos a aquella noche de hace cuatro siglos en la que fueron pronunciados por primera vez en un salón situado no muy lejos de esta estancia. Pero estaba de Dios —a esas alturas ya había empezado a contagiarme del lenguaje arcaico de los académicos— que no fuera ésa la última sorpresa.

—Con el permiso de aquellos ilustres académicos me he tomado la libertad de apropiarme de unos motes tan ingeniosos, aunque sólo sea por esta noche —comenzó a explicar Lubricán, una vez que se hubo apagado el eco de los aplausos—. Si tienen la bondad de levantar cada uno de ustedes la servilleta que tienen junto al cu-

bierto, encontrarán una tarjeta con el mote que les ha correspondido, uno de los motes que llevaban los diez académicos fundadores y que les servirá, si son tan amables, para dirigirse unos a otros, olvidando por un momento el nombre prosaico que les cupo en suerte al haber nacido en este siglo tan romo y carente de ingenio.

Antes de levantar mi servilleta, miré incrédulo a mis dos compañeros de mesa, y sólo me decidí a seguir las indicaciones de Lubricán cuando vi al profesor descubrir la tarjeta en la que aparecía la palabra Fiel escrita a pluma con una bonita letra de caracteres enrevesados. De inmediato me decidí y encontré debajo de mi servilleta el nombre de Temeridad, mientras que al joven que se sentaba a mi derecha le había correspondido el apodo de Sosiego. Los otros, como tuve ocasión de comprobar cuando Lubricán nos pidió que leyéramos en voz alta los respectivos motes eran Descuido —el mote de Ribes—, Silencio, Sueño, Sombra —el de mi amigo Andrés—, Tinieblas, Miedo y Horror.

—Con este inocente juego confío en rendir esta noche un homenaje a los primitivos miembros de la Academia de los Nocturnos —dijo, después de reclamar de nuevo nuestra atención golpeando la copa de cristal con una cucharilla—. Y, de paso, nos evitaremos las engorrosas presentaciones y los nombres difíciles de recordar. Como habrán comprobado, todos estos motes tan ingeniosos tienen alguna relación con el tema de la noche y, si tienen la bondad de disculpar este pequeño capricho de su anfitrión, les rogaría que lo utilizaran durante el resto de la velada para dirigirse al resto de los invitados.